

FENOMENO IV.

El fin del Anticristo.

HAYA de ser el Anticristo que esperamos un hombre individuo, ó persona singular, ó haya de ser un cuerpo moral compuesto de muchos individuos (como lo acabamos de proponer al exámen y juicio de los inteligentes), lo que hace inmediatamente á nuestro asunto principal, es la observacion de su fin. Esta observacion exacta y fiel nos es absolutamente necesaria para entender bien, ó á lo menos para poder mirar mas de cerca con mas atencion, y con nuestros propios ojos, muchísimas profecías, que podemos llamar innumerables, cubiertas, siglos ha, con cierto velo sagrado, que ya podemos alzar seguramente.

No perdamos el tiempo inutilmente en averiguar que especie de muerte ó que fin ha de tener esta persona, ó este cuerpo moral. Los autores mismos no estan de acuerdo. Los

mas nos aseguran (no se sabe sobre que fundamento) que el ángel ó arcangel san Miguel bajará del cielo con todos los ejércitos *qui sunt in caelo*, y los matará por orden de Dios á él, y á todos sus secuaces. Lo que aqui se dice expresamente de Cristo mismo, del Rey de los reyes, del Verbo de Dios, se lo aplican *trop hardiment* (dice un intérprete acreditado) á san Miguel, mirando sin duda, por la vida de su sistema, que sin este violento remedio infaliblemente perece, como veremos mas adelante. Otros, creyendo ó sospechando que aquel príncipe Gog, de que habla Ezequiel (1), es el Anticristo mismo, le dan por consiguiente el mismo fin que dice la profecía: *Et judicabo eum peste, et sanguine, et imbre vehementi, et lapidibus immensis: ignem et sulphur pluam super eum, et super exercitum ejus, et super populos multos, qui sunt cum eo*. Otros citando á santo Tomas, que verosimilmente lo tomó de otros mas antiguos, sin tomar partido por ellos, refieren el fin de su Anticristo con circunstancias mas individuales. Ved aqui en breve toda la historia, que, por ser tan interesante y tan curiosa, no es bien omitirla del todo.

(1) *Ezeq.*, c. xxxviii, v. 22 et cap. seq.

No contento el vilísimo judío con toda aquella grandeza, felicidad y gloria, á que se ve elevado; no contento de verse tan superior á todos los héroes de la fábula y de la historia; no contento con verse mayor sin comparación que Nabuco, que Alejandro, que Cesar, que Augusto, etc.; no satisfecho con su monarquía universal, ni con los honores divinos que le tribután todos los pueblos, tribus y lenguas: viendo que por acá ya no hay otra cosa á que aspirar, entrará finalmente en el gran pensamiento de subir al cielo, sin duda para imitar la ascension de Cristo, así como imitó su resurreccion. Para esto, acompañado de su seudoprofeta, y á vista de innumerables gentes que habrán concurrido á aquella solemnidad, subirá hasta lo mas alto del monte Olivete, y puestos los pies en el mismo lugar en que los puso Cristo, empezará á levantarse por el aire, cavalgando sobre su ángel de guarda Satanas, y sobre todas las legiones del infierno. A poca distancia de la tierra, y tal vez antes que alguna nube pueda ocultarlo, se encontrará á deshora con otras legiones mas numerosas, que bajarán del cielo á impedirle el paso: san Miguel y sus ángeles traban batalla con Satanas y los suyos, y vencidos estos y puestos en fuga, queda en el aire nuestro gran monarca abau-

donado á su peso natural. ¿Qué ha de hacer, sino empezar al punto á bajar con mayor ligereza de aquella con que subió? La tierra, que ya se creia libre de la dominacion del hombre de pecado, viendo que vuelve á ella con tanta prisa, abre su boca antes que llegue, y le dará paso franco para el infierno.

La historia es ciertamente bien singular. Yo dudo mucho, y aun me parece increíble, que el angélico doctor á quien se cita hablase aqui de propia sentencia, y no de sentencia de otros, como lo hace comunmente en su brevísimo comentario. El fundamento de toda esta historia es el capítulo XI de Daniel, en donde nos hacen observar estas palabras, que son las últimas: *Et figet tabernaculum suum Apadno inter maria, super montem inclytum et sanctum: et veniet usque ad summitatem ejus, et nemo auxiliabitur ei.* Si pedimos ahora que nos digan formalmente de quien se habla en este lugar, nos responden comunmente los doctores, que aunque *in sensu litterali* parece que habla del rey Antioco, mas *in sensu allegorico* se habla del Anticristo como antypo de Antioco, que solo fue tipo. ¿Y esto, como se prueba? No se sabe. Y aunque se permitiese ó se concediese que aqui se habla en figura del Anticristo ¿donde estan en el texto, ni en todo el capítulo el monte Olivete, ni los

diablos, ni la subida al cielo, ni la bajada al infierno? etc. Todó esto es preciso que se supla de gracia, ó que el sentido alegórico mal entendido supla por todo.

Mas dejando estas cosas, en que no tenemos interes alguno, convirtamos nuestra atencion al exámen quieto, y tanto de un solo punto, que es el que únicamente nos interesa. Se pregunta, el fin del Anticristo sea como fuere, ¿sucederá con la venida misma de Cristo en gloria y magestad, que creemos y esperamos todos los cristianos, ó no? La escritura divina dice que sí, y lo dice tantas veces, y con tanta claridad, que es de maravillarse como ha podido caber sobre esto alguna duda. Con todo eso, los intérpretes de la escritura divina (unos resueltamente y con presencia de ánimo, otros modestamente y con miedo) dicen ó suponen que no. Se exceptuan de esta regla general *multi ecclesiasticorum virorum, et martyres, seu plurima multitudo* (expresiones de san Gerónimo) de los cuatro primeros siglos de la Iglesia: los cuales se desprecian dias ha por los doctores peripatéticos; porque fueron milenarios, ó favorecieron de algun modo este que llaman error, sueño, delirio y extravagancia. El fundamento de estos antiguos es cierto que no fue ni pudo ser su propia imaginacion, sino

la escritura misma, como lo es evidentemente. El fundamento de los contrarios ni es la escritura divina, ni lo puede ser; ya porque la escritura no se puede oponer á sí misma; siendo su autor el mismo espíritu de verdad; ya porque no producen á su favor ningun lugar de la escritura misma, lo cual es una prueba evidente de que no lo hay: pues si lo hubiera, asi como parece imposible que no lo produjesen porque se les ocultase, parece mucho mas imposible que no lo produjesen como un triunfo. Tampoco puede ser alguna tradicion apostólica, cierta, constante, segura, uniforme, universal y declarada por la Iglesia (que son las condiciones necesarias para una verdadera tradicion); porque esta ni la hay, ni la puede haber. Tradicion verdadera de algunas cosas que no constan claramente de la escritura, las puede haber, y las hay; mas de cosas contrarias y contradictorias á las que constan claramente de la misma escritura, repugna absolutamente, y será imposible señalar alguna. No obstante, un teólogo moderno, tocando el punto de milenarios, solo en general, y con una suma brevedad, se atreve á pronunciar esta sentencia en tono definitivo: *et veritas opposita semper conservata fuit in ecclesia romaná, cum aliis omnibus traditionibus divi-*

nís (1). Si esta, que llama verdad, la ha conservado siempre la Iglesia romana con todas las otras tradiciones divinas, luego esta es una tradicion divina; luego es una verdad de fe, asi como lo son todas las otras tradiciones divinas; luego todas las otras tradiciones divinas son unas verdades de fe, asi como lo es esta; luego ni esta tiene mas firmeza que aquellas, ni aquellas mas que esta; luego, etc. ¡Qué consecuencias! Con razon se queja monseñor Bosuet de aquellos doctores, *qui font trop hardiment des traditions et des articles de foi des conjectures de quelques pères* (2).

Entremos pues á observar este fenómeno realmente importantísimo con toda la atencion y exactitud posible, mirando bien y pesando en fiel balanza lo que hay por una parte y por otra. Y pues nadie nos da prisa, vamos despacio.

PARABOLA.

§ 1. En cierta ciudad principal, como nos lo aseguran testigos fidedignos, se excitó los años pasados una célebre controversia: la cuestion era si el papa Pio sexto habia ido

(1) *Ant. de Deo uno, c. IV á III.*

(2) *Bos. pref. al Apoc. núm. 15.*

verdaderamente en su propia persona á la corte de Viena, y pasado por esa misma ciudad; lo que al principio pareció una mera diversion, ó una de aquellas sutilezas de escuela, que en otros tiempos fueron tan del gusto de los hombres ociosos, se vió pasar en pocos dias á un empeño formal y declarado. Los que estaban por la parte afirmativa (que á los principios eran los mas) no alegaban otra razon en su favor que el testimonio de sus ojos y de sus oídos: pareciéndoles que en una cuestion de *hecho*, y no de *derecho*, no podia haber otra razon mas eficaz, ni mas convenciente, ni mas decisiva.

Esta razon, lejos de convencer á los contrarios, era recibida con sumo desprecio, y tratada de insuficiente, de débil, y tambien de grosera y por eso indigna de un hombre racional. Decian, y en esto insistian, que el testimonio de los sentidos no siempre es seguro; que puede fácilmente engañar aun á los mas cuerdos, pues tantas veces los ha engañado: que el ángel san Rafael no era hombre, y por hombre lo tuvo el santo Tobías; que Cristo no era fantasma, y por fantasma lo tuvieron sus discípulos cuando lo vieron andar sobre las aguas en el mar de Galilea; que el mismo Cristo no era hortelano, y por hortelano lo tuvo su santa discípula María Magda-

lena: de estos ejemplares citaban muchísimos con facilidad.

Es verdad, añadian, que el viage de Pio VI á la corte de Viena fue un suceso tan público y ruidoso, que no lo ignoraron los ciegos, ni los sordos, aquellos porque lo vieron, estos porque lo oyeron. Es verdad que muchísimas ciudades de Alemania y de Italia, y entre ellas la nuestra, lo recibieron con públicas aclamaciones, le hincaron la rodilla, y recibieron su bendición. Muchas personas eclesiásticas y seculares le besaron el pie, lo adoraron como á Vicario de Jesucristo, le hablaron y oyeron su voz. Tambien es verdad que los avisos públicos y las cartas de los particulares casi no hablaban de otra cosa, etc. ¿Mas todo esto que importa? (prosiguian diciendo) ¿Todo esto que prueba? ¿No pudo haber sido todo esto una apariencia? ¿No pudo muy bien haber sucedido que esa persona que todos vieron, y que á todos pareció la persona misma del papa, no lo fuese en la realidad? Pues en efecto, concluian, asi fue. Pareció á todos la persona misma del papa; mas todos se alucinaron y se engañaron, porque no era sino un ministro suyo, un príncipe de su corte, revestido de su autoridad, de sus ornamentos, y aun de su propia figura; era el papa Pio VI en cierto sentido,

mas en otro sentido no lo era; era el papa *figuratè et symbolicè*, mas no lo era *physicè et realiter*; era el papa *in virtute*, mas no lo era *in personà*.

Preguntados estos doctores con que razon y sobre que fundamento se atrevian á avanzar una especie tan extraña contra el testimonio de los ojos del mundo, y aun de los suyos propios, no se les pudo por entonces sacar otra respuesta, sino esta sola. ¿Qué necesidad hay de que el papa mismo se mueva de Roma, y haga un viage tan dilatado, cuando le es tan fácil el tratar y concluir cualquier negocio, por grave que sea, por medio de algun ministro suyo, de algun nuncio ó enviado extraordinario dándole á este sus instrucciones, sus órdenes, y revistiéndolo de su autoridad y plenipotencia? Aunque realmente no se les oía otra respuesta, por mas que se desease y se les pidiese: mas despues se ha sabido con plena certidumbre la verdadera y única razon que los movia, que era...; pero dejémosla por ahora oculta hasta que ella se revele por sí misma. Por abreviar: el efecto de esta gran disputa fue que, habiéndose sabido que algunos doctores de gran fama favorecian de algun modo la parte negativa, esto bastó para que poco á poco, y casi insensiblemente, fuese prevaleciendo esta opinion,

y se fue mirando la parte afirmativa como una estulticia, como una necedad, como grosería, como un error, como un sueño. De modo que ya hoy día apenas se halla en dicha ciudad quien no tenga por una verdadera fábula el viage del papa Pio VI en su propia persona á la corte de Viena.

APLICACION.

§ 2. Un escritor antiguo, y de grande autoridad entre los cristianos, refiere prolijamente con todas sus circunstancias las mas individuales un suceso de que él mismo fue testigo ocular. Este escritor célebre es aquel mismo *qui testimonium perhibuit verbo Dei, et testimonium Jesu-Christi, quaecumque vidit*. Su relacion es como se sigue. Concluidos los 42 meses que debe durar la tribulacion horrible, *qualis non fuit ab initio mundi usque modò, neque fiet*, de la cual tribulacion se ha hablado tanto desde el capítulo XIII del Apocalipsis, se seguirá luego inmediatamente lo que acabo de ver.

(1) Vi el cielo abierto, y lo primero que vi fue un caballo blanco, sobre el cual venia sentado un personage admirable, que tiene el nombre ó por nombre el fiel, el veraz, el

(1) *Apoc.*, c. XIX, v. XI.

que juzga y castiga con justicia. Sus ojos llenos de indignacion parecian dos llamas de fuego, y su cabeza se veía adornada no con una sola sino con muchas coronas. Tenia otro nombre escrito que ninguno es capaz de comprender plenamente su significado, sino él solo. Su vestido se veía todo *aspersa sanguine*; y su propio nombre con que debe ser llamado y conocido de todos, es *el Verbo de Dios: et vocatur nomen ejus, VERBUM DEI*. Seguian á este personage todos los ejércitos del cielo, sentados así mismo en caballos blancos, y vestidos de lino blanco y limpio. De su boca salia una espada terrible de dos filos, *ut in ipso percutiat gentes*. Él es el que los ha de juzgar y gobernar *in virgá ferreá*, y él mismo es el que ha de calcar el lagar del vino del furor y de la ira de Dios omnipotente. En suma, en el vestido ó manto real de este mismo personage admirable se leian claras y en varias partes estas palabras *Rex regum, et Dominus dominantium*.

Puesto en marcha este gran ejército, vi un ángel en el sol, el cual á grandes voces convidaba á todas las aves del cielo: Venid, les decia, y congregaos á la grande cena que os prepara el Señor. Comeréis las carnes de los reyes, de los capitanes, de los soldados, de los caballos y caballeros, de libres y esclavos,

de grandes y pequeños. En esto ví que aparecía por otra parte la bestia de siete cabezas, y con ella ó en ella los reyes de la tierra con todos sus ejércitos, que tenían congregados para hacer guerra al Rey de los reyes. La función se decidió desde el primer encuentro. La bestia fue presa en primer lugar, y con ella el seudoprofeta, ó la segunda bestia de dos cuernos, que era la que hacia los milagros, y la que habia seducido á los habitantes de la tierra, haciéndoles tomar el carácter de la primera bestia, ó declarándose por ella. Estas dos bestias, y todo lo que en ellas se comprende, fueron arrojadas vivas en un grande estanque de fuego, que arde y se alimenta con azufre. La demas muchedumbre fue muerta con la espada del Rey de los reyes que salía de su boca, y todas las aves se hartaron este dia con sus carnes.

Et vidi cælum apertum, et ecce equus albus; et qui sedebat super eum, vocabatur fidelis et verax, et cum justitiâ judicat et pugnat. Oculi autem ejus sicut flamma ignis, et in capite ejus diademata multa, habens nomen scriptum, quod nemo novit nisi ipse. Et vestitus erat veste aspersâ sanguine; et vocatur nomen ejus, VERBUM DEI. Et exercitus qui sunt in cælo, sequebantur eum in equis albis, vestiti byssino albo et mundo.

Et de ore ejus procedit gladius ex utraque parte acutus, ut in ipso percutiat gentes. Et ipse reget eas in virgâ ferreâ: et ipse calcet torcular vini furoris iræ Dei omnipotentis. Et habet in vestimento et in femore suo scriptum: Rex regum, et Dominus dominantium. Et vidi unum angelum stantem in sole, et clamavit voce magnâ, dicens omnibus avibus quæ volabant per medium cæli: Venite, et congregamini ad cœnam magnam Dei; ut manducetis carnes regum, et carnes tribunorum, et carnes fortium, et carnes equorum et sedentium in ipsis, et carnes omnium liberorum et servorum, et pusillorum et magnorum. Et vidi bestiam, et reges terræ, et exercitus eorum congregatos ad faciendum prælium cum illo qui sedebat in equo, et cum exercitu ejus. Et apprehensa est bestia, et cum eâ pseudopropheta qui fecit signa coram ipso, quibus seduxit eos qui acceperunt characterem bestię, et qui adoraverunt imaginem ejus. Vivi missi sunt hi duo in stagnum ignis ardentis sulphure. Et cæteri occisi sunt in gladio sedentis super equum, qui procedit de ore ipsius; et omnes aves saturatæ sunt carnibus eorum.

Sobre esta relacion, que todos tenemos por indubitable, se excitó muchos dias ha una disputa muy semejante á la pasada, y parece

cierto que ha producido el mismo efecto. En los primeros siglos de la Iglesia se pensaba y creia buenamente lo primero : que la persona admirable de que aqui se habla no era ni podia ser otra que el mismo Jesucristo hijo de Dios , é hijo de la Virgen , en su propia persona y magestad. Se pensaba y creia lo segundo : que toda esta vision tan magnífica , representada con tantos símbolos y figuras admirables , era una profecía clara , era una pintura vivísima , era una descripcion exacta y circunstanciada de la venida del cielo á la tierra , del mismo Jesucristo ; la cual venida en su propia persona , y en suma gloria y magestad , nos predicán todas las escrituras del antiguo y nuevo testamento ; y tenemos expresa en nuestro símbolo de la fe. Se pensaba y creia lo tercero : que viniendo aquel personage del cielo á la tierra con tanto aparato , y encaminándose todo directa é inmediatamente contra la bestia y contra el Anticristo , este Anticristo y todo cuanto se comprende debajo de este nombre debia fenecer en aquel dia , y quedar enteramente destruido y aniquilado con la venida del Señor ; por consiguiente , que la venida misma del Señor habia de ser la ruina y el fin del Anticristo.

La razon y fundamento para todo esto parecia entonces evidente y clarísimo. Fuera

de la persona adorable del hombre Dios , decian entonces , no hay ni puede haber en el cielo , ni en la tierra , persona alguna á quien puedan competir los nombres ó títulos que se dan á esta persona , ni las señales y circunstancias tan particulares con que se describe su venida y su expedicion. Los nombres ó títulos son : el *Fiel* por esencia , el *Veraz* , *el que juzga y pelea con justicia* , el *Verbo de Dios* , el *Rey de los reyes* , el *Señor de los señores*. Las otras señales y circunstancias son las muchas coronas que trae en la cabeza : su vestido rociado con sangre , como se ve el mismo Cristo en el capítulo LXIII de Isaiás , adonde alude visiblemente todo este paso del Apocalipsis : *Quarè ergo rubrum est indumentum tuum , et vestimenta tua sicut calcantium in torculari* ? Sus ojos como dos llamas de fuego , del mismo modo que se describe el mismo Cristo en el capítulo primero del Apocalipsis , *et oculi ejus tanquam flamma ignis* : la espada de los filos en su boca , como tambien se describe en el mismo capítulo primero , *et de ore ejus gladius utráque parte acutus exibat* : el ser esta persona misma la que ha de regir y gobernar las gentes , *in virgá ferreá* , como se lo promete su divino padre en el salmo II , *Reges eos in virgá ferreá , et tanquam vas figuli confringens eos* : el ser esta per-

sona la que ha de calcar metafóricamente el lugar metafórico del vino de la ira é indignacion de Dios omnipotente , como lo mismo Cristo (1): *Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum : calcavi eos in furore meo, et conculcavi eos in ira mea: et aspersus est sanguis eorum super vestimenta mea, et omnia indumenta mea inquinavi. Dies enim ultionis in corde meo, annus redemptionis meae venit.*

No obstante todos estos nombres y todas estas circunstancias tan claras, tan individuales, tan propias y peculiares de sola la persona de Cristo, y tan agenas, tan distantes de cualquiera otra pura criatura ; no obstante de hallarse todas estas expresiones , ó las mas de ellas en otros muchos lugares de la escritura , en los cuales por confesion expresa de todos los doctores se habla ciertamente de Cristo , mas llegando á este capítulo XIX del Apocalipsis se nota en ellos no sé que grande novedad. Como si viesen ya de cerca un escollo inminente , y un proximo peligro , se les ve aferrar velas con suma prisa , y como en un grande alboroto, turbacion y temor. No hay duda que su temor es justo y bien fundado. El escollo aunque desde alguna distancia es casi imperceptible á los ojos mas

(1) *Isaia c. LXIII, v. 3 et 4.*

lincs, mas en realidad es un verdadero escollo, y de pésimas consecuencias. Es necesario evitarlo del modo posible, cueste lo que costare, ó perecer en él. No tardaré mucho en explicarme mas.

Llegando pues á este lugar del Apocalipsis, nos dicen y aseguran resueltamente (¿y qué otra cosa les es posible en su sistema?) que no se habla aqui de la venida de Cristo en gloria y magestad, que todos creemos como un artículo de fe. Por consiguiente que el personage admirable que viene sentado sobre un caballo blanco con una espada de dos filos en la boca , con muchísimas coronas en la cabeza , con... aunque es un símbolo propio de Jesucristo, mas no es Jesucristo mismo, y si lo es, solamente lo es en su virtud, en su potestad, no en su persona , *in virtute, in potestate, non in personá*. Quieren decir, segun todo lo que yo puedo comprender, que por todos estos símbolos y figuras se representa admirablemente toda la virtud, la grandeza, la omnipotencia de Cristo mismo, el cual envía al arcángel san Miguel , como archistrátego suyo, con todos los ejércitos que hay en el cielo , para que mate al Anticristo, y destruya enteramente su imperio universal.

Ahora, si yo ó cualquiera otro asombrados de una expresion tan ingeniosa , les pedimos

con toda cortesía que nos den alguna buena razon, que nos muestren algun fundamento positivo para persuadirnos que el sol que luce á medio día no es el sol mismo, sino un planeta suyo, que él ha enviado en su lugar, revestido de todos sus resplandores, etc., nos quedamos mas asombrados de ver que unos se hacen sordos del todo á nuestra peticion; otros (dudo que sean muchos) no queriendo parecer tan desatentos, responden dos palabras, como personas que van muy de prisa, y no pueden detenerse en cosas de tan poco interes. *Quid enim opus est* (dice un autor de los mas advertidos y juiciosos en nombre de todos), *quid enim opus est moveat se loco Dominus caeli et terrae, ut aliquot homunciones conficiat, quos potest solo nutu conterere et annihilare, et quorum innumera meridies potest per minimum angelum uná hora sternerí?* Veis aqui, amigo, con toda claridad aquella misma razon, y aquel único fundamento con que negaban los doctores de nuestra parábola, el viage del papa Pio VI á la corte de Viena. No nos detengamos ahora en ponderar la fuerza invencible de esta razon que por sí misma se manifiesta. Tal vez no se alega otra, porque ella sola basta y sobra; y verdaderamente basta y sobra para combatir cualquiera verdad por clara que sea. ¿Qué

necesidad habia de que el hijo unigénito de Dios se hiciese hombre, ni de que el hombre Dios muriese desnudo en una cruz, cuando se podia remediar el linage humano por otra via mas suave? ¿Qué necesidad habia de que Cristo fuese en persona á resucitar á Lázaro hallándose actualmente tan lejos de Bethania, *trans Jordanem...., ubi erat Joannes baptisans primum*, cuando esto lo podia haber hecho con una palabra ó con un acto de su voluntad? ¿Ni qué necesidad puede haber de que el mismo Cristo envíe desde el cielo á san Miguel con todos los ejércitos, *qui sunt in caelo, ut aliquot homunciones conficiat, quos potest solo nutu conterere et annihilare?* Si hay necesidad ó no, es claro que esto no toca al hombre enfermo, escaso y limitado por docto que sea.

Yo estoy muy lejos de creer, ni me parece creíble que por esta sola razon nieguen los doctores que sea Jesucristo mismo en su propia persona el personage sacrosanto de que hemos hablando. Parece imposible que no tengan otra razon oculta, la cual por justos motivos no pueden declarar. Si alguna vez es lícito juzgar de las intenciones del prójimo, en esta ocasion lo podemos hacer sin escrúpulo alguno; asi por ser claras y palpables, como por ser inocentes y justas, *attentis cir-*